

CAPITULO V.

Que no hace mas sino proseguir la materia del anterior.

Por fuerza cuasi le sacaron del monasterio, que salir él no quería, ni desabrigarse de su hábito.

(F. GAUBERTO FABRICIO DE VAGAD.)—(Crónica de los reyes aragoneses.)

—Hablad, hermano, dijo el abad despues de contemplar por breve espacio al monje. Hablad y decidme en qué puedo favoreceros ó ayudaros; no hayais temor, que delante estais de quien es pecador como vos lo sois.

—¡ Padre mio ! dijo con vos contrita el monje; yo siento sobre mí la ira de Dios.

—Pecador: Dios es misericordioso como tremendo en su ira.

—Yo cumpliré, continuó el monje, cuantas penitencias me impongais; no habrá una que me espante; ni dar la boca al polvo, ni esponer los miembros al cilicio y al fuego. Mas absolvedme, padre mio, absolvedme, y que no vea yo tan sobre mí la celeste cólera.

—Decid, hermano; decid qué habeis hecho antes de todo, y yo os diré lo que importe, replicó el abad con la pausa y la indiferencia de quien se ve forzado á repetir una misma fórmula muchas veces al dia.

—Yo profesé, como veis, en la regla de San Benito.

—Santa regla, formada en el propio espíritu de los sagrados cánones; no hay otra que tanto, como esta, recomiende la Iglesia, dijo el abad.

—Santa regla, padre mio, santa regla: mas yo soy dentro de ella la *oveja perdida* de que hablaba el glorioso San Benito. ¿ No es cierto que ella puede contagiar á las otras y que por eso debe ser echada del redil? ¿ No es cierto que Dios para arrojarla de él la aniquila?

—Decid, repito, vuestras culpas, pecador; decidlas y acabaremos.

—Mis padres, reverendo abad, me ofrecieron de niño á Dios en la oblation de la misa, y cierto que no contaron con mi voluntad: mas hartó sé que los ofrecimientos de los padres valen como si uno pro-

pio los hiciera. ¿No es verdad que eso no pudo nunca excusarme de cumplir la regla?

—Así es como decís, pecador; esa doctrina, aunque dudosa en la Iglesia, quedó claramente resuelta por el cánón cuarenta y ocho ó cuarenta y nueve del cuarto concilio de Toledo; no me acuerdo bien del número del cánón, pero estoy cierto de que bien lo declara.

—Pues según eso, padre, hice los votos de mi regla; primero de obediencia, después de pobreza, y de castidad luego.

—Votos perfectísimos todos ellos, y agradabilísimos á Dios, y al glorioso San Benito que los instituyó. Mas despachemos, que aún he de hacer mis oraciones. ¿A cuál de ellos faltasteis?

—A todos, padre mio, á todos.

—¿A todos? Largo pecar fué.

—Falté, prosiguió el monje, al de obediencia dejando el claustro por el mundo, y tomando sobre mis hombros grave utilidad temporal; falté al de pobreza, con adquirir riquezas sin número y vasallos sin cuento, y por último falté al de castidad contrayendo.....

¿Qué decís, hermano monje? exclamó el abad sorprendido.

—Digo, padre, aunque horror me cueste decirlo, que contraje matrimonio.

—¿Cuántos pecados juntos! exclamó el abad. No oveja perdida, sino muerta, debierais llamaros, á no ser tanta la misericordia de Dios.

El monje, que involuntariamente se había ido

acercando á la mesa conforme declaraba sus pecados, se arrodilló en aquel punto; y penitenciarío y penitente guardaron silencio por algunos instantes.

El abad fué el primero que lo rompió, y dirigiéndose al monje, le habló de esta suerte:

—Ya te he dicho, pecador, que la misericordia de Dios es infinita. No dices que estás muy arrepentido de todo lo hecho?

—Mucho lo estoy, padre.

—¿Habrás estado preparado sin duda para la penitencia que yo te imponga?

—No, padre, aun no me he preparado como debiera.

—Con que no has abandonado aún esos bienes terrenos que recibiste en tanto menosprecio de tus votos y daño de tu alma?

—No los he dejado, padre.

—¿Ni te has separado del lecho nupcial, donde entraste con tanta ofensa de Dios y del glorioso San Benito?

—Tampoco.

—¿En qué piensas, pues? prorumpió el abad con voz de trueno. ¿En qué piensas, que sintiendo la carga del pecado, no la arrojas de tí; que reconociendo el yerro, no comienzas por enmendarlo? ¿Cómo has de volver de esa suerte á la obediencia de tus votos y á la gracia de Dios?

El abad se había puesto de pié; sus ojos ardian en indignacion y celo cristiano; con las manos golpeaba fuertemente el tablero de la mesa por dar

mas espresion á sus palabras. El monje parecia aterrado.

—Yo haré, padre, cuanto me ordeneis, dijo al fin con acento compungido.

—Haberlo hecho debierais; que de otra suerte no hallaréis en mí ni absolucion ni gracia alguna. Y al decir esto, hizo seña al monje de que se retirara.

—No es por escusar mi culpa, reverendo abad, exclamó éste; mas dignaos de oirme algunas palabras. Yo dejé el claustro, y tomé bienes y contrahe nupcias, porque era el último de mi raza y sin eso se perdía.

—Perdiérase la raza cien veces con tal que se evitara un solo pecado.

—Hubo tambien prelados que me lo aconsejaron, y aun en nombre de Dios me lo ordenasen.

—Malos prelados fueron ellos, monje; en verdad os digo que no hay poder en la tierra que pueda desatar los lazos que con Dios teneis vos contraidos. Mas abreviemos aún, que el tiempo pasa en vano, y no deja de ser ofensa de Dios el desperdiciarlo. Digoos que no volvais mas á mi presencia sin haber dejado mujer y bienes, y vuelto á la obediencia de vuestros votos.

—Así lo haré, padre, así lo haré, replicó el monje sollozando, y dió algunos pasos como para marcharse; pero antes de llegar á la puerta, volvióse de pronto y dijo:

—Sabeis, padre, que temo que mientras me absolvéis o no, venga sobre mí el castigo del cielo?

—Dios es justo, y sabe lo que merecen sus hijos inobedientes.

—Es, padre, continuó el monje temblando, que yo he visto claras señas de mi muerte y de mi castigo; y temo que muriendo ahora sea condenado al infierno.

—Rogad á Dios que se apiade de vuestras culpas.

—¡Oh! ¡Piedad, piedad! yo estoy arrepentido de mis culpas; yo quiero hacer penitencia! Mas decidme, ¿qué podria yo ahora ejecutar para libramme de la cólera del Eterno?

—Dejad á esa mujer con quien tan malamente os unísteis, y renunciad á esos bienes que adquiristeis con tan gran pecado. Cada instante que aquí pasais, lo perdeis en vuestra salvacion; si el rayo del cielo os hiriese en este instante, no la habria para vos.

Y al decir esto el abad, puesto de pié, señalaba al monje con el dedo la puerta de la estancia.

—Los dejaré, los dejaré, respondió el monje; y salió precipitadamente, bajó las escaleras de un salto, como quien se juzgaba perseguido por la celeste cólera, y entró al claustro donde á su venida le habian dejado los hombres de armas.

Allí oyó de lejos el precipitado andar de dos personas, alguna de las cuales debia de ser soldado, segun el són de armas que se sentia.

Y al revolver una de las esquinas del estrecho pasadizo y abovedado que conducia á la puerta, se halló frente por frente con el bueno del portero, á

quien ya conocen nuestros lectores, que venia acompañando á un caballero vestido de todas armas, la visera calada, y con pomposo penacho en la cimera.

El monje hizo un movimiento para taparse mas el rostro, como recelando ser conocido; pero el desalmado del portero no le dió tiempo para ello, antes lanzándose á él, le quitó la capucha de un tiron, y le plantó un despiadado pescozon en la coronilla que resonó en largo espacio.

Al ver al monje con la cabeza descubierta, lanzó el caballero una exclamacion mal reprimida. El monje, por su parte, no pudo contener un grito de dolor y de rabia.

—Villano, le dijo al portero, ¿quién te manda tratar de tal suerte á los huéspedes de la casa de Dios? ¿Es así, mal portero y follon impío como respetas mis sagrados hábitos?

El portero prorumpió en recias carcajadas al oír estos improperios.

—Dé gracias, don monjecillo, le dijo, que de aquí se va sin los azotes que suelen darse á los malos huéspedes, y mire la cimbradora palma que para hombres como él, y aun mejores, tenemos colgada en esa pared, que bien conocerá, al mirarla, cuánta ha sido su fortuna en no trabar conocimiento con ella.

El monje ahogó dificultosamente en su pecho algunas palabras, pero no replicó mas, y precipitando el paso volvió á salir del muro del monasterio con no menores precauciones que habia entrado.

Subian entre tanto las escaleras del palacio aba-

cial el caballero de que hemos hablado y el portero, y aquel dijo á éste con mal disimulado acento de sorpresa:

—Sin duda no has conocido á ese monje.

—No, buen señor, que puesto que para eso solo le haya descubierto la cabeza no lo he logrado, y bien sé que no lo he visto en mi vida si no es ahora.

—¿Pues cómo te atreviste á tanto?

—Es, señor, que el tal frailote viene del monasterio de Tomeras, del cual ha recibido tantos daños esta santa casa; y así Dios me ayude, que no juzgué que nuestro abad le soltara sin una mano de azotes, dados por estas mias, que se pintan solas para mullir carne de pícaros.

—¿Le conocerias si otra vez le vieses?

Precisamente para eso le descubrí la cabeza, señor; porque si otra vez le encuentro fuera del convento, no ha de írseme sin mayor racion de corde-lazos y puñadas.

El caballero se sonrió.

—Mira, Gaufrido, le dijo al portero; no pienses en eso; antes olvida, si puedes, que lo has visto en tu vida.

—¿Y por qué eso, señor?

El caballero no le contestó, sino que alzándose la visera, entró derechamente en el aposento donde dejamos al abad.

—¡Roldan! exclamó el abad al verle: ¿qué os trae por acá á estas horas? ¿Por ventura viene con vos la escritura de cesion de las haciendas que debe el rey á esta santa casa? ¿Ha tocado al fin

el cielo el corazón del señor rey para que nos haga justicia? ¿Qué nuevas traéis de la corte?

—Esas iba yo á pedirlos ahora, respondió Roldan. ¿Quién mas enterado que vos de lo que piense el rey?

—¡Yo! exclamó el abad; pues si no he asistido á la coronacion siquiera por causa de mis achaques, ni he visto al rey sino de paso cuando desde Monzon, donde le aclamasteis por tal, vino á Huesca en vuestra compañía.

—¿Que eso digais, abad! ¿No fuisteis vos por vuestras letras de los que opinaron que se eligiese á don Ramiro en lugar de elegir á don Pedro de Atares, á don Alonso ó don García? ¿Y no obrasteis de tal suerte con el propio intento que nosotros, á saber: que hubiese rey que no nos oprimiera ni cercenara nuestros privilegios, antes bien nos devolviera los castillos y lugares que ganamos por nuestras personas ó por nuestras gentes, malamente guardados para sí por los otros reyes?

—Sí opiné y sí obré, Roldan; ¿mas qué tiene que ver nada de lo que decís con lo que yo os pregunto?

—Que nada tiene que ver? ¿Pues cómo me venís ahora con fingimientos, negándome que en este propio aposento habeis estado platicando con don Ramiro no há un instante?

—¿Qué decís, Roldan! ¿Yo hablar con don Ramiro?

—¿Pensais que no le haya yo conocido debajo de sus viejos hábitos de fraile benito?

—¿Con que era ese el rey? prorumpió el abad espantado. ¿Con que ha sido el rey á quien he tenido á mis piés en penitencia?

—Comienzo á creer que no le habeis conocido, abad.

—Podeis creerlo, Roldan; y ¡oh! si supierais lo que ha pasado entre nosotros?

—¿Qué?

—Basteos saber que le he mandado en nombre de Dios que deje el reino, que deje á su mujer, y que vuelva al claustro.

Roldan dió una violenta patada en el suelo, y exclamó:

—Habeis perdido nuestra causa, abad.

—La he perdido, sí; pero he salvado su alma; no me arrepiento de lo que hecho, dijo el abad gravemente.

—¿Eso mas? proumpió ciego de cólera Roldan. Cuando yo venia á consultar con vos los medios de rematar nuestra obra, y me encuentro con que de vos ha sido destruida toda ella, haréis gala aún de vuestro hecho? Si ese hombre amara la corona como nosotros pensamos que la amara, y como debiera amarla, pondrian con él nuestras amenazas, valdria con él la intimidacion para que nos entregara cuantas tierras y castillos le pidiéramos, y aun para que nos concediera cuantos privilegios nos estuvieran bien. Pero si vos habeis hecho nacer en su alma el remordimiento; si desprecia el poder, la corona; si renuncia á uno y otra, ¿con qué le haremos fuerza en adelante? No tengo mas esperanza

si no es que no haya escuchado vuestras amonestaciones. ¡ Es tan seductora la corona !

—Inútil esperanza, Roldan; está resuelto á dejarla y la dejará; yo defenderé en cuanto pueda los derechos temporales de mi casa, mas no ha de ser contradiciendo las obligaciones de mi espiritual ministerio.

—Malhaya vuestros escrúpulos, padre; que yo sé que á conocer quien era, no le hablarais con el santo celo con que sin duda le habeis hablado. Mas no hay tiempo que perder; si á vos os place, salíos de la liga y abandonad vuestras pretensiones. Yo de mí sé decir que ahora mismo parto para Huesca á concertarme con mis compañeros y á remediar el mal que habeis hecho: que si éste se obstina en ser monje, será preciso que nosotros elijamos otro rey que bien nos cumpla en lugar suyo.

Y de como esto habló Gil de Atrosillo, calóse de nuevo la visera y salió de la sala.

—No le hagais que pierda su alma, mirad que es gran pecador, mirad que es forzosa su penitencia, le gritó el abad.

Pero el caballero ya no le oía.

Bajó rápidamente, cruzó el claustro y los pasadizos, montó á caballo en la barbacana, y en compañía de dos escuderos que allí le estaban aguardando, tomó á toda rienda el camino de Huesca, salvando primero la empinada y revuelta senda que bajaba del monasterio á la llanura, y luego los vados del Isuela que con sus aguas le cerraba el camino,

— 55 —

CAPITULO VI.

Que no merece leerse por otra cosa sino porque desata y esclarece algunos nudos y oscuridades que dejan de sí los precedentes.

Ay cuánto de dolor está presente !

Fr. LUIS DE LEON.

Pasó la noche de aquel dia en que hubo lugar la coronacion del rey don Ramiro con gran sosiego y silencio en la gran ciudad de Huesca.

Los honrados burgueses descansaron del placer del dia, que mas que nada cansan los placeres en este mundo; y de la muchedumbre de forasteros que al gran rumor de las fiestas habia acudido á Huesca, muchos fueron los idos en el punto en que se acabaron las luminarias y el sarao del alcázar,